

portancia universal; el Aquiles que había de empuñarlas y manejarlas vino despues de él.

CAPITULO III

CORFÚ, BELGRADO Y SICILIA

Con las luchas, negociaciones y tratados de paz que acabamos de describir no queda completado ni mucho menos el cuadro de turbulentas agitaciones que nos ofrecen las dos primeras décadas del siglo XVIII.

Casi todas las relaciones de poder y de posesion en el Norte y en el Sur de Europa habían sufrido temporalmente violentas sacudidas. Extenuadas y ávidas de paz, las potencias beligerantes habían acabado por ponerse de acuerdo respecto de ciertas particiones y deslindes; pero con ello no tenían garantía alguna que les asegurara una paz general y duradera. La obra laboriosa de la paz de Utrecht, sobre todo, se vió muy pronto que era de todo punto insuficiente; sus mas importantes cláusulas fueron por todo el mundo discutidas y dieron motivo á nuevas complicaciones de las que vamos á ocuparnos ligeramente aunque solo en lo que se refieren á Alemania.

En medio del cúmulo de cuestiones no resueltas surgió inesperadamente una contienda: la nueva guerra de Venecia y Austria contra los turcos.

La Sublime Puerta había comprado con grandes sacrificios la paz de Karlowitz (1699) de la que ya en otro lugar nos hemos ocupado, pero no renunciado á la esperanza de resarcirse de las pérdidas entonces sufridas cuando para ello se le ofreciera ocasion propicia. En un punto había visto ya satisfechos sus deseos, pues por el tratado de Pruth el czar ruso había sido nuevamente desposeído, en 1711, de Azof, y confiaba en que tiempo vendría en que se restableciera en Hungría la soberanía de los Osmanes. Por el momento, resolvió el Divan declarar la guerra á Venecia para arrebatarle la península de Morea que tan de mala gana se había visto obligado á cederle, contando el sultan Achmed con que las demás potencias cristianas, cada vez mas enredadas en sus propias complicaciones, abandonarían á los venecianos á su propia suerte y por ende á la superioridad de fuerzas de los turcos.

Así fué que en el verano de 1715, sin pretexto que justificara la guerra, pero con grandes armamentos por tierra y por mar, comenzaron los Osmanes la lucha contra aquella república en un principio completamente aislada y malamente apercibida para resistir tan violento ataque (1). Los efectos de la primera campaña fueron desastrosos. En junio, el gran visir Damad-Alf-Bajá penetró en Morea por el istmo de Corinto al frente de un ejército de cien mil hombres: la mayoría de los comandantes venecianos de las plazas fuertes de aquel país, algunas de ellas casi inexpugnables, se dejaron dominar por el terror ante aquel ataque inesperado de fuerzas tan superiores y pagaron la cobardía de que dieron prueba al rendir tan de prisa aquellas plazas con la prision en las cárceles del Estado de Venecia. En ninguna parte encontraron los turcos una resistencia enérgica. Corinto fué la primera ciudad que cayó en su poder, siguiéndola Napoli di Romanía, la rica y bien fortificada capital de aquel territorio, aunque esta no se rindió sin que antes su escasa guarnicion se defendiera gloriosa y desesperadamente; la plaza de Malvasia, que se consideraba inexpugnable, fué cobardemente entre-

(1) Zinkeisen: *Historia del imperio osmánico en Europa*, tomo V, pág. 461. Véase Ranke: *Los venecianos en Morea* (Obras completas, tomo XLII, pág. 272).

gada al enemigo por su comandante sin intentar siquiera la defensa, y las pequeñas fortalezas siguieron el ejemplo de las otras. La poblacion griega nada hizo en pro de los venecianos cuya dominacion gozaba entre ellos de muy pocas simpatías. En suma, una sola campaña de verano bastó á los turcos para enseñorearse de toda la península de Morea, mientras su escuadra se apoderaba de las últimas plazas venecianas de las costas de Candía y de las islas de Tine y Cerigo. Únicamente en Dalmacia fué rechazado con fortuna el ataque de los turcos.

Mucho tiempo hacia que las armas osmánicas no habían realizado una campaña con tan brillante éxito. Constantinopla se entregó á las mas arrogantes esperanzas y vió *in mente* á los ejércitos turcos camino de Viena y de Roma (2). La república de Venecia, abandonada por todas las demás potencias cristianas, parecía condenada irremisiblemente á la pérdida de todas sus posesiones levantinas.

Dos circunstancias fueron causa de que el renacimiento militar de la Puerta no obtuviera los esperados triunfos: la virilidad que demostraron los venecianos á las órdenes de un sábio general alemán y la participacion de Austria en la lucha.

Hacemos gustosos mencion en este punto del valeroso y genial Juan Matías de Schulenburg que entró entonces en el servicio de la agobiada república é imprimió nuevos rumbos á los sucesos de Levante consiguiendo, si no una victoria decisiva, por lo menos rechazar gloriosamente el peligro mas inminente (3).

Desde sus años juveniles, el descendiente de una antigua familia de la vieja Marca brandeburguesa (nació en 1661) había recorrido el mundo prestando sus servicios militares á distintos señores. Desde fines de 1680 había tomado parte en las mas importantes acciones militares libradas en Hungría y en el Rhin, en Italia y en Polonia y finalmente en Bélgica, primero como oficial de Brunswick-Wolfenbüttele al servicio de Saboya, luego como teniente general del electorado de Sajonia al servicio de Augusto el Fuerte de Polonia y finalmente combatiendo en los Países Bajos con las tropas de subsidio sajonas á las órdenes de Eugenio de Marlborough y distinguiéndose en las batallas de Oudenaarde y Malplaquet. Era un hombre muy ilustrado, dotado de muy varias aptitudes y que había tenido ocasion de mostrar tambien en algunos asuntos políticos lo que valia como diplomático. Como militar fué uno de los mas eminentes generales de su época: Marlborough, que le tenia en grande estima, quiso hacerle entrar al servicio de Holanda y el príncipe Eugenio lo recomendó á la república de Venecia como el caudillo mas á propósito para ponerse al frente de su ejército de tierra y para contener los progresos de los Osmanes.

Schulenburg había dejado en 1711 el servicio del electorado de Sajonia y permanecido durante algunos años com-

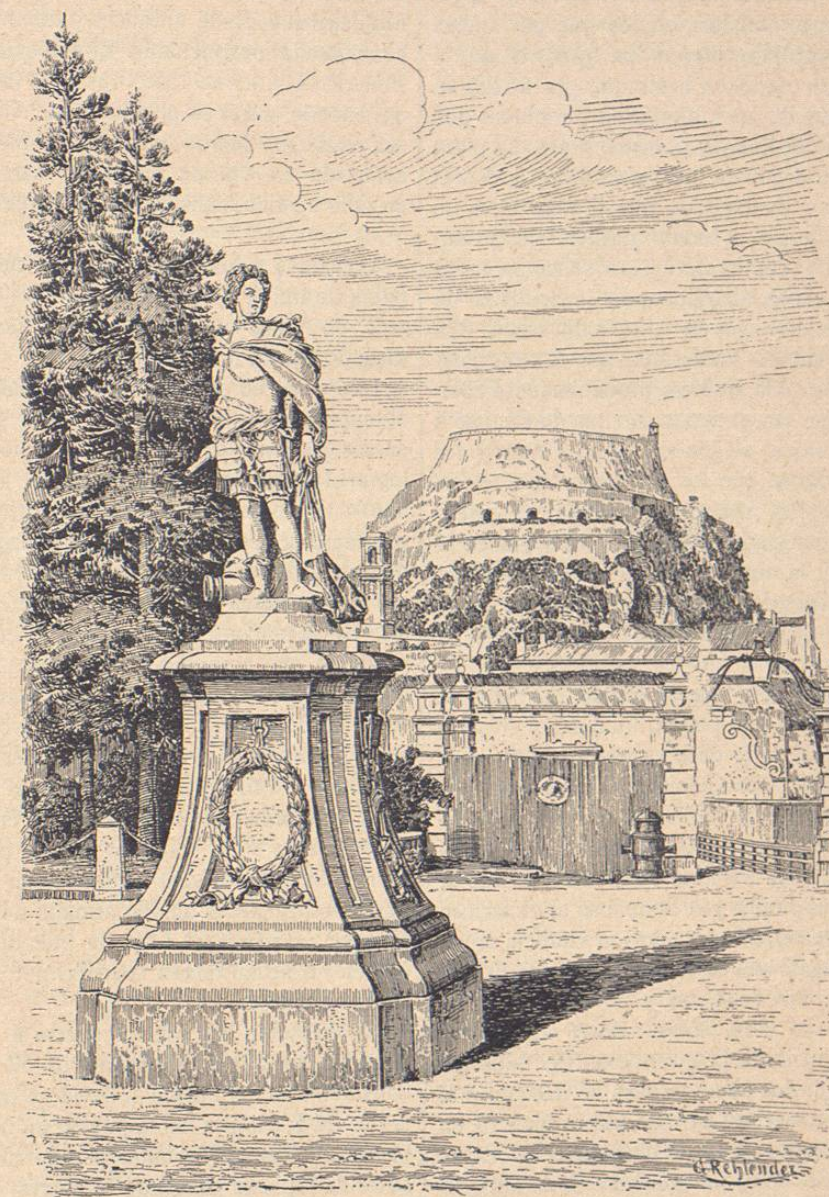
(2) En una oracion pública que se leía dos veces á la semana en Constantinopla, en los barrios de Pera y Galata, había las siguientes palabras: «Favoreced, oh Dios, nuestras empresas presentes, concedednos la conquista de Morea, á fin de que la fe otomana pueda reducir muy pronto á Viena y á Roma.» Theyl, *Memoires p. s. á l'histoire de Charles XII, roi de Suède*, etc. (Leyden, 1722), pág. 196. La segunda parte de estas memorias, cuyo autor era el canciller de la embajada holandesa en Constantinopla, está consagrada especialmente á la guerra de Austria y Venecia contra Turquía. Respecto de aquella oracion se añade: «Esta oracion... produjo un efecto admirable sobre todo en la Cristiandad.»

(3) *Vida y hechos notables de Juan Matías, conde imperial de Schulenburg*, etc. (Leipzig, 1834), excelente monografía escrita por un descendiente del feldmariscal y tomada de los papeles dejados por este. La conocida biografía de Schulenburg publicada por Barnhagen con anterioridad á esa monografía (*Monumentos biográficos*, I, II, Viena, 1825) ha sido en muchas partes rectificada y en otras completada por la misma.

pletamente apartado de la milicia; pero habiendo el gobierno veneciano, despues de la desgraciada campaña de Morea, reiterado con insistencia los esfuerzos que ya antes había hecho para atraérselo, aceptó al fin sus ofrecimientos y se encargó como feldmariscal del mando de todo el ejército terrestre de la república, comprometiéndose desde luego á desempeñarlo tres años.

En diciembre de 1715 entró en funciones. Por de pronto

no había que pensar en la reconquista de Morea: Schulenburg comprendió acertadamente que los Osmanes se dirigirían contra la plaza veneciana mas importante de las costas de Albania, contra la isla de Corfú, cuya conquista les pondría en posesion de un baluarte situado frente á Otranto y á la entrada del Adriático, desde donde podrían tener constantemente amenazadas la Italia meridional, Dalmacia y Venecia.



Monumento del feldmariscal Juan Matías de Schulenburg en Corfú (de una fotografía)

En su consecuencia se encargó personalmente de la defensa de los puntos que estaban en peligro. Las fortificaciones de la isla de Corfú, como las de la mayor parte de las plazas venecianas en aquella época de decadencia, se encontraban en un estado deplorable; su guarnicion era insuficiente y todos los preparativos necesarios para una defensa se hallaban en el mayor abandono. Schulenburg puso remedio á todo ello con admirable energía: en el corto período que medió hasta que desembarcaron los turcos, puso la ciudad y las fortificaciones en regular estado de defensa. Las fuerzas con que contaba para la lucha no eran, sin embargo, suficientes para la árdua mision que les estaba encomendada, puesto que cuando comenzó el sitio en julio de 1716 apenas había dentro de la plaza 2.000 hombres útiles y aun estos quedaron reducidos, despues de los primeros comba-

tes, á 1.500 que luego, en las semanas siguientes, volvieron á aumentar hasta 2.000 con los refuerzos que recibieron (1). Contra lo que Schulenburg había esperado, el apoyo que la escuadra veneciana prestó á los sitiados fué de muy poca eficacia.

En los primeros dias de julio la escuadra turca al mando de Kapudan-Bajá y con fuerzas dobles á las de la veneciana se presentó delante de la isla y el dia 25 desembarcó un ejército sitiador de 30.000 hombres: á fines del mismo mes se construyeron los aproches.

Entonces comenzaron un sitio y una defensa memorables

(1) Véase la especificacion de esas fuerzas en *Schulenburg*, tomo II, páginas 67, 27 y 36: una parte bastante considerable de estas tropas se componia de mercenarios alemanes.

y en extremo interesantes desde el punto de vista militar: Europa entera tenía fijos los ojos en Corfú mas que en las luchas del príncipe Eugenio en Hungría que en aquella sazón principiaron. No hemos de referir los detalles de aquel episodio (1) en el que la conducta de Schulenburg, sobre todo teniendo en cuenta lo escaso de las fuerzas de que disponía, fué admirada como obra maestra del arte de la guerra á la que se consagró con alma y cuerpo sabiendo que de él dependía realmente la suerte de la plaza. Despues de algunas semanas de reñidos combates en los que por ambas partes hubo grandes pérdidas, dieron los turcos el asalto: tres horas duró la sangrienta lucha hasta que por fin los sitiadores fueron arrojados de las importantes posiciones que ya habían ocupado con pérdida de 4.000 hombres. La plaza estaba salvada: Schulenburg creía que en los días siguientes los sitiadores intentarían asaltarla de nuevo, pero lejos de esto el serasquier que dirigía el asedio resolvió de pronto levantarlo, y en la noche del 21 de agosto se embarcaron las tropas precipitadamente, abandonando la artillería de sitio y gran cantidad de municiones. Al otro día hízose á la vela la escuadra turca sin ser molestada por la veneciana que, de haber caído sobre ella, hubiera probablemente completado la derrota de los musulmanes. No puede decirse á punto fijo qué razón movió al general turco á emprender tan repentina retirada: díjose que los genízaros, despues de fracasado el asalto del 19, se negaron á repetir tan sangrienta tentativa; pero también pudiera ser que influyera en la resolución del serasquier la noticia de haber sido completamente derrotado en Hungría el ejército otomano, en la batalla de Peterwardein (5 de agosto), y de haber muerto en ella el gran visir.

Europa comprendió entonces que el mundo cristiano de Occidente había escapado de un peligro inmenso y el nombre del defensor de Corfú corrió de boca en boca por todas las naciones (2). El mismo papa Clemente XI recibió en los jardines del Vaticano en íntima audiencia privada al general alemán protestante á quien tanto debía la causa de la cristiandad. La república de Venecia fué naturalmente la que con mas esplendor honró y recompensó al victorioso feldmariscal: el Senado le señaló una pensión vitalicia anual de 5.000 ducados y le regaló una espada de honor guarnecida de brillantes cuyo valor era de 8.000, y no satisfecho con esto acordó erigirle aun en vida, *adhuc viventi* segun consigna como distinción inusitada la inscripción del pedestal, un monumento en Corfú: dos años despues se descubrió el magnífico monumento en mármol labrado por Imbianchi, en el cual, como exigía el estilo artístico de aquella época, el general alemán va vestido como un guerrero de la antigüedad y que aun hoy en día constituye una de las curiosidades dignas de verse en la isla (3).

(1) Véase la memoria detallada que sobre el sitio envió Schulenburg al príncipe Eugenio; *Schulenburg*, tomo II, pág. 72.

(2) *Corcyrae propugnator*, inscripción de una medalla acuñada en Nuremberg: otras cuatro monedas conmemorativas acuñadas también en aquella ciudad han sido descritas en *Schulenburg*, tomo II, pág. 305. En una de ellas se ensalza la *virtus germana* como el espíritu protector de Venecia. Barnhagen, tomo II, pág. 29, dice que esta medalla ha llegado á ser muy rara, lo cual quizás sea debido á que sintiéndose Venecia molestada por aquella inscripción impidió que circulara. En la obra de Dittfurth: *Cantos populares históricos desde el fin de la guerra de Treinta años hasta el comienzo de la de Siete años* (Heilbronn, 1877), página 271, hay una canción de la victoria escrita por un alemán de la época sobre la derrota de los turcos en Corfú que termina con estos versos: *Ach, du armer Türkenmann, Schau, was ein Deutscher Kann!* (¡Oh tú, infeliz turcomano, mira lo que puede un alemán!).

(3) La inscripción puede verse en *Schulenburg*, tomo II, pág. 303, y en Barnhagen, tomo II, pág. 29. Véase también el admirable elogio que hizo Marcos Foscarini en su relación desde Viena (1736) en Arneht:

No hemos de ocuparnos de los sucesos posteriores de la guerra veneciana que en los dos años siguientes tuvo por principal objeto la conquista y defensa de las plazas del litoral de Albania. Aun despues de la paz Schulenburg continuó como feldmariscal al servicio de la república cuyo ejército intentó reorganizar, tarea en la que no le ayudaron mucho, por regla general, las autoridades venecianas, pudiendo conseguir únicamente ver convertido poco á poco el objeto predilecto de sus cuidados, la plaza de Corfú, en una fortaleza que desde entonces y durante mucho tiempo fué considerada inexpugnable. El emperador Carlos VI y el rey Federico Guillermo I de Prusia (4) intentaron repetidas veces hacerle entrar en el servicio de Austria ó de Prusia, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Schulenburg murió á edad avanzada en Verona en 14 de marzo de 1757: el Estado erigióle un rico mausoleo en el Arsenal de Venecia.

Volvamos á las complicaciones turcas en cuya solución había de influir de una manera decisiva la resolución adoptada en Viena de aceptar el reto que entrañaba el ataque dirigido contra los venecianos.

La Puerta no perdonó medio alguno para conseguir que el emperador se mantuviera neutral; pero no menos activa en sus gestiones se manifestó la diplomacia veneciana para lograr el auxilio armado de su antiguo aliado, invocando para ello la violación de la paz de Karlowitz (5). Despues de largas vacilaciones prevaleció en el ánimo de Carlos VI la idea de que la derrota de los venecianos en el Levante traería como consecuencia inmediata y necesaria un nuevo ataque de los Osmanes contra Hungría y de que, por ende, lo mas prudente era emprender desde luego la lucha en alianza con la amenazada república, aun cuando no estuvieran todavía dominados los disturbios del Norte y se vislumbraban en el horizonte nuevas complicaciones en Italia. En 13 de abril de 1716 firmóse en Viena con el embajador veneciano Grimani la alianza que en el fondo era una renovación de la antigua de 1684 contra la Puerta; pero los delegados imperiales no dejaron de asegurarse por medio de algunos artículos especiales el auxilio armado de la república por tierra y por mar para el caso de que durante la guerra turca Nápoles ó Milan fueran atacadas por otra potencia, refiriéndose á España.

La dirección de aquella guerra á nadie mas podía ser confiada que al gran saboyano (6). El príncipe Eugenio, no considerando terminada todavía su obra en Hungría, pues la paz de Karlowitz había puesto en manos de los turcos el banato de Temeswar, había pedido con todo el peso de su autoridad que se declarara la guerra, y ya antes de que se concertara la alianza con Venecia, como presidente del Consejo áulico de la guerra había organizado el ejército para la lucha. A sus órdenes brillaron como generales austriacos el veterano general de infantería Heister, los generales de caballería Pálffy y Mercy, el príncipe Alejandro de Wurtemberg y el príncipe Fernando Alberto de Brunswick-Bevern, cuñado de la emperatriz: doce generales de artillería y de caballería tomaron parte en aquella campaña (7).

Las relaciones de los embajadores de Venecia sobre Austria en el siglo XVIII (Viena, 1863), pág. 124.

(4) En *Schulenburg*, tomo II, pág. 311, se inserta una corta, pero característica correspondencia sostenida entre Schulenburg y el príncipe heredero de Prusia, que se encontraba en Ruppín, en 1734.

(5) Los detalles de estas negociaciones pueden verse en las *Memorias*, etc., de Theyls, pág. 182, en la obra de Zinkeisen, tomo V, página 465 y en la de Arneht: *El príncipe Eugenio*, tomo II, pág. 381.

(6) Schels: *Las campañas del príncipe Eugenio de Saboya contra los turcos*, 1716-1718 (Revista militar austriaca, 1834).

(7) Arneht, tomo II, pág. 387.

El ejército turco, fuerte de unos 200.000 hombres (1) y mandado por el gran visir Alí-Bajá, se hallaba reunido á fines de julio junto á Belgrado, y pasando el Save, avanzó sobre Peterwardein, en cuyas cercanías (en Futak) el príncipe Eugenio con sus tropas, compuestas de unos 65.000 hombres, había establecido un campamento atrincherado. Sin prestar oídos á los temores de muchos generales, el caudillo imperial resolvió comenzar sin pérdida de momento la lucha decisiva contra las fuerzas superiores de los turcos, y en 5 de agosto de 1716 se libró la batalla de Peterwardein: la infantería imperialista fué casi aplastada por el ataque de las masas de los genízaros, muy superiores en número; pero Eugenio decidió la acción empleando la numerosa caballería de línea que formada en grandes y compactos escuadrones arrolló con ímpetu irresistible á los musulmanes. Despues de cinco horas de encarnizada lucha, al mediodía el ejército turco quedaba derrotado y disperso, habiendo perecido en la refriega el propio gran visir Alí-Bajá y cayendo en poder de los vencedores un cuantioso y rico botín que hallaron en el abandonado campamento turco. Los imperiales se apoderaron, además, de 160 cañones y el príncipe Eugenio pudo enviar á Viena como trofeos de la victoria 156 banderas turcas. La noticia del triunfo de Peterwardein movió á la dieta de Ratisbona á otorgar al emperador cincuenta meses romanos para continuar la guerra tan felizmente comenzada. El papa Clemente XI, que antes de este suceso había ya concedido el diezmo de todas las rentas eclesiásticas de los territorios hereditarios imperiales, como subsidio de guerra por espacio de tres años, envió entonces al general vencedor el presente honorífico del sombrero y la espada consagrados.

Eugenio se dedicó inmediatamente á la tarea que en aquella campaña mas le interesaba, y á principios de setiembre dió comienzo al sitio de la plaza de Temeswar, tan fortificada por la naturaleza como por el arte y defendida por 18.000 turcos. Difícil era la empresa: el bajá que mandaba la plaza sabía su obligación y se defendió con gran tenacidad. Un ejército turco quiso hacer levantar el asedio y penetrar en la plaza, pero fué rechazado (23 de setiembre). Despues de cuatro semanas de sitio, pudo darse el asalto contra el arrabal (Palanka), que estaba perfectamente fortificado: la operación salió bien, aunque costó á los imperiales grandes sacrificios (1.º de octubre). El día 6 de octubre comenzó el bombardeo, y aun el bajá se resistió siete días; pero al fin hubo de enarbolar la bandera blanca, firmándose en 13 de octubre de 1716 la capitulación, que se hizo en las mejores condiciones para los sitiados, puesto que la guarnición, fuerte aun de 12.000 hombres, pudo salir libremente de la ciudad con todos los honores militares y dirigirse á Belgrado.

Ciento sesenta y cuatro años había estado Temeswar en poder de los Osmanes (desde 1552): con la conquista de esta importante plaza, la última que ocuparon los turcos en territorio húngaro, quedó completada la liberación de Hungría. Las demás pequeñas poblaciones vecinas no opusieron resistencia alguna, y todo el banato hasta el Danubio, «el paraíso de Hungría», cayó en poder del emperador. Cierta que en algunos puntos de aquel país se agitaron los recuerdos de las últimas luchas por la independencia, tanto que de aquel tiempo datan la «marcha de Rakoczy» y el «canto de Rakoczy»; pero tales esperanzas no cabían ya en el territorio de la corona de la casa de Habsburgo, ni siquiera cuan-

(1) Esta cifra es la que cita el príncipe Eugenio, aunque dándola solo como aproximada: la mayoría de los documentos, sin embargo, hablan únicamente de 150.000.

do al año siguiente Francisco Rakoczy se presentó personalmente en el cuartel general turco.

En vez de esto, el general del emperador aun se salió de las fronteras de Hungría, atacando los territorios danubianos sometidos á la dominación de Turquía. Existía en Valaquia un fuerte partido imperial que, en su odio mortal al hospodar Maurocordato, ansiaba ardientemente que los austriacos conquistaran aquel territorio (2); así es que una expedición realizada en noviembre de 1716 por el coronel bávaro Dettin desde Transilvania, fué acogida con entusiasmo por la población rural, logrando Dettin entrar en la capital, Bucharest, y apoderarse del hospodar, que fué llevado prisionero á Hermannstadt. Otro golpe de mano análogo intentado contra Jassy, la capital de Moldavia, tuvo en cambio un éxito desgraciado.

Las tentativas que para obtener la paz hizo Turquía con dudosa sinceridad durante el invierno y que apoyaron con empeño Inglaterra y Holanda, no dieron resultado alguno, y únicamente sirvieron para probar al emperador y al príncipe Eugenio que, á pesar de las derrotas sufridas, el Divan de Constantinopla no estaba dispuesto á aceptar las condiciones de paz que la corte de Viena se creía con derecho á exigir. Eran precisos aun mayores desastres para quebrantar por completo el ánimo de los turcos, y el príncipe Eugenio esperaba poderse los causar en la campaña del año 1717 — cuyo objetivo era la plaza de Belgrado, tan gloriosamente conquistada en 1688 y tan vergonzosamente perdida dos años despues.

Los comienzos de la nueva campaña no parecieron muy favorables para los imperiales, quienes en una porción de escaramuzas libradas durante la primavera y en multitud de correrías y sorpresas allende la frontera, llevaron generalmente la peor parte. También en el Danubio, pues la lucha naval y la terrestre se sostenían simultáneamente, los tchaiques austriacos fueron algunas veces derrotados por las galeras turcas.

En los meses de mayo y junio fué poco á poco concentrándose el ejército imperial en la comarca de Peterwardein, adonde esta vez acudieron también tropas del Imperio, el cuerpo hessense primero y despues el bávaro, en el cual se habían alistado como voluntarios los dos hijos mayores del elector Maximiliano Manuel. Muchos caudillos ilustres procedentes de países vecinos unos, lejanos otros, se agregaron al ejército imperial, llevados del deseo de tomar parte en una guerra turca que prometía segura victoria y de hacer sus estudios militares en la mejor escuela que pudieran ambicionar; así es que en el campamento de Eugenio se congregaron, además del joven príncipe Manuel de Portugal y otros príncipes y nobles alemanes, multitud de nobles franceses y aun individuos de la familia real. El ejército austriaco era entonces mucho mas numeroso que en los años anteriores, y sin embargo no llegaba á contar con la mitad de las fuerzas que constituían el grueso del ejército turco.

A mediados de junio comenzó el príncipe Eugenio las operaciones formales, pasando el Danubio por Pancsova y marchando sobre Belgrado, cuya guarnición, compuesta de 30.000 hombres, entre ellos lo mas selecto del cuerpo de los genízaros, formaba por sí sola un pequeño ejército. Se construyó alrededor de la ciudad un campamento fortificado,

(2) El florentino del Chiaro, que en 1718 publicó una *Historia de las recientes revoluciones de Valaquia*, de las que él fué testigo, cita como expresión del deseo de la población, á menudo manifestada, las siguientes palabras: «*prego Dio che venghino una volta i Tedeschi, accio il miserabil nostro paese resti libero da un giogo si grave.*» (Ruego á Dios que vengan de una vez los tudescos para que nuestro miserable territorio quede libre de tan pesado yugo).